

LA DEIXIS

ISBN – 84-9822-503-5

José Luis Cifuentes Honrubia

Cifu@ua.es

THESAURUS

Anáfora, subjetividad, espacio, tiempo, persona.

RESUMEN

La codificación de las relaciones lingüísticas con su contexto espacial, temporal o personal define la deixis. Tras determinar los criterios localistas egocéntricos que definen el contenido simbólico de la deixis, y los tipos de dimensiones en que se da el mismo, especificamos los distintos tipos de usos de expresiones deícticas que pueden darse, así como las categorías gramaticales en que pueden manifestarse.

OTROS ARTÍCULOS RELACIONADOS:

Actos de habla.

1. Introducción

La deixis es una «figura de enunciación». Cuando el lenguaje es hablado ocurre en un lugar, tiempo y con unas personas específicas. Los artificios que ligan la expresión con su contexto espacial, temporal o personal, están recogidos bajo el término deixis. Todas las lenguas parecen haber desarrollado un número de rasgos para integrar la información contextual. Entre estos rasgos la deixis es el más destacado.

«Por deixis se entiende la localización e identificación de personas, objetos, eventos, procesos y actividades de las que se habla, o a las que se alude, en relación con el contexto espacio-temporal creado y sostenido por la enunciación y por la típica participación en ella de un solo hablante y al menos un destinatario.» (J. Lyons, 1980: 574).

Los deícticos, pues, son unidades lingüísticas cuyo funcionamiento semántico-referencial implica una consideración del papel que tienen en el proceso de enunciación los actantes del enunciado y la situación espacio-temporal. Lo que varía con la situación es el referente de una unidad deíctica, no su significado, el cual permanece constante de un empleo a otro.

El significado de «yo» es siempre el mismo: la persona que está hablando; ahora bien, su referencia variará según quién sea esa persona que está hablando. Si pasamos de un ejemplo *personal* a un ejemplo *temporal*, el funcionamiento es similar: si buscamos a un profesor en su despacho y, en la puerta, encontramos una nota que pone «vuelvo ahora», su significado está claro: quiere decir que el profesor se ha tenido que ausentar un momento pero señala su pronta e inmediata vuelta. Ahora bien, el problema de este mensaje es el momento de su colocación (que será una manera de decir el momento de su enunciación), pues, si el profesor olvidó quitar la nota de la puerta, toda persona que intente visitarlo entenderá como válido enunciativamente el mismo y confundirá (será confundido, mejor dicho) el tiempo de validez de la nota. Espacialmente los ejemplos funcionan también de la misma manera: si yo le digo a alguien que «la pelota está delante del árbol», y los interlocutores están situados de forma que comparten el espacio y la ubicación del árbol, no hace falta ningún metro ni GPS para saber dónde está la pelota; ahora bien, si el interlocutor no comparte el contexto espacial del hablante no sabrá dónde está la pelota, y ello será así incluso pudiendo saber dónde está el árbol (imaginemos la situación de una plaza X con un único árbol), pues si no conocemos dónde está

situado el hablante, y, por ello, no podemos trazar una imaginaria línea entre el hablante y el árbol, jamás sabremos dónde está la pelota.

2. Sistematización

G. Rauh (1983) realiza una descripción sistemática de la deixis que dará como resultado una clasificación de los tipos de usos de expresiones deícticas. Para llegar a ella introduce las fundamentales nociones de *determinación deíctica* y *dimensión deíctica*.

2.1. La determinación deíctica.

La determinación deíctica constituye una parte esencial del contenido simbólico o léxico de las expresiones deícticas; constituye la manera en que el hablante relaciona objetos de diferentes tipos con él mismo. La determinación deíctica, pues, es un sistema que, a través de las lenguas, comprende varias dimensiones específicas — personal, temporal, y local—, y cuyos elementos son determinados por criterios localistas egocéntricos, y ello mediante alguna de las seis posibilidades universales siguientes: 1. Lugar de codificación. 2. En relación directa con el lugar de codificación. 3. En el dominio de 1-2, definido. 4. En el dominio de 1-2, indefinido. 5. Fuera de 1-2, definido. 5'. Fuera de 1-2, indefinido. 6. Indefinido.

Si las expresiones lingüísticas son deícticos, podrán ser asignadas a una de las seis categorías deícticas. Estas representan la parte del contenido simbólico que es determinado deícticamente. Debe ser añadido igualmente un rasgo que designa la respectiva dimensión (local, temporal o personal). Es así como se explica que la determinación deíctica constituye una parte esencial de la significación simbólica (léxica) de las expresiones deícticas. Como veremos más adelante, el esquema organizativo de Heger de los determinantes deícticos es una adaptación al español del esquema anterior.

2.2. La dimensión deíctica.

Con este concepto trata de articular todas aquellas dimensiones que se encuentran organizadas según los anteriores principios localista-egocéntricos. El criterio relevante para la identificación de una dimensión deíctica es el de determinación deíctica.

Las dimensiones deícticas clásicas son tres: *local*, *temporal* y *personal*, y han sido mencionadas siempre en todos los estudios sobre la deixis. Otra posible dimensión, no

señalada por Rauh, es la *nocional*, con ejemplos como «de ese modo» o «así». En algunas ocasiones también se ha llamado a este tipo de deixis «modal».

2.3. Tipos de usos de expresiones deícticas.

Con los tipos de usos de expresiones deícticas Rauh trata de referirse a la forma de relación con el centro de orientación. La significación indicial de una expresión deíctica es descrita como el objeto relacionado con el centro de orientación en la manera especificada por su significación simbólica; esto será su uso deíctico.

2.3.1. El primer tipo de expresiones deícticas es el denominado *demonstratio ad oculos*. Se caracteriza porque tanto el enunciador como los objetos señalados por medio de las expresiones deícticas, según el origo o centro de orientación, se encuentran presentes en la situación de expresión. De ahí que sea posible acompañar las enunciaciones de los deícticos con gestos visuales y acústicos. La significación indicial de estos deícticos depende de la situación extralingüística del codificador. En estos casos el enunciador es el centro de orientación (*origo*); determinará a su interlocutor por la dirección de los sonidos o por la línea de su mirada: *dame ese bolígrafo*.

2.3.2. El segundo tipo de deícticos, *deixis fantasmagórica*, difiere del primero en que el centro de orientación, pero no los objetos relacionados, forma parte de la situación canónica de enunciación. No es posible por ello identificar los objetos relacionados a través de gestos acústicos o visuales. Siempre se aplicarán en contextos de nombres abstractos o de objetos que no existen: *cuéntame esa historia*.

2.3.3. El tercer tipo de deícticos se caracteriza por la exclusión del centro de orientación y de los objetos relacionados, de la situación canónica de expresión. El enunciador elimina su centro real de orientación y se imagina localizado dentro de un espacio imaginado o un espacio de la memoria. Establece un centro de orientación con el que relaciona los objetos del espacio imaginado. Denominaremos a este tipo *deixis representacional*. En general, todos los deícticos del tipo 1 también pueden ser usados aquí. Se diferencian en que en el primer caso el contexto situacional relevante es real, mientras que en el segundo es imaginado. Un ejemplo múltiple puede ser el siguiente: «...fui al cine, y estaba tan tranquilo cuando a mitad de película **noto** que me llaman y **veo** a una señorita que, con una extraña sonrisa, me pregunta: “¿Está libre este asiento?”...».

2.3.4. El cuarto tipo de deícticos se caracteriza por un centro de orientación que difiere de los tipos 1, 2 y 3 en su falta de correspondencia con la situación externa, real o reconstruida, del codificador, pero que corresponde más bien a su situación

momentánea dentro del desarrollo de un texto —ya sea temporal o localmente— y respecto al cual todo dominio temporal o local del contexto textual está determinado. Es lo que llamaremos *deixis discursiva* o *textual*. Ya que un desarrollo textual puede ser considerado como teniendo una extensión temporal o local (en la escritura), la fijación de puntos de orientación local o temporal es posible: «...y me pregunta: “¿Está libre este asiento?”. **Aquí** se para unos segundos mirando...» Suele ser muy común la utilización de términos como «arriba», «abajo», etc., para la localización de segmentos discursivos relativos al punto de orientación.

2.3.4. El quinto tipo de deícticos señalado por Rauh es la *deixis analógica*. En este tipo de deixis sólo es usada la dimensión local. El centro de orientación es establecido no en un espacio reconstruido cognitivamente, sino en uno representado por un objeto concreto que funciona como análogo, de forma tal que la orientación dentro del espacio a reconstruir es posible por analogía. Un mapa puede funcionar como análogo a una ciudad, indicando la posición del interlocutor al decir: «*Tú estás aquí*», siendo «aquí» acompañado por un gesto que indica cierto lugar del mapa.

La deixis analógica no requiere necesariamente dos espacios asociados por determinada especificación matemática; en muchos casos un simple parecido es suficiente para una correspondencia y por tanto para la deixis analógica. Si alguien señala a su costado derecho y dice «*El coche le golpeó aquí*», es la correspondiente parte del cuerpo de la persona la referida.

2.3.6. La *deixis no egocéntrica* es el sexto tipo de deícticos que señala Rauh. Se caracteriza por la posibilidad de ciertos deícticos de tener un uso intrínseco o inherente. Rauh señala que el uso no-egocéntrico de deícticos parece restringirse a la dimensión local, caracterizándose por el remplazamiento del rasgo [a] (que representa el punto de orientación egocéntrico) de la significación simbólica de los deícticos por uno no egocéntrico. El resto de la significación simbólica permanece invariable. En la perspectiva egocéntrica, la relación espacial designada por el deíctico está ligada a la orientación visual de un observador (hablante-oyente), que sirve como punto de referencia para la localización de los objetos. En la perspectiva no egocéntrica, esta orientación no juega ningún papel, lo que sirve como punto de referencia es sólo determinada dimensión o cara del objeto localizante o base.

Imaginemos el siguiente ejemplo: si yo digo «*la niña está detrás del árbol*», es una perspectiva egocéntrica la utilizada, pues es necesaria la reconstrucción de un imaginario encaramiento entre el árbol y el hablante para saber cuál es el detrás del árbol: en nuestra cultura, los árboles no tienen delante-detrás, luego la única posibilidad de determinar dicha localización es a través de la perspectiva egocéntrica del hablante que, mediante el encaramiento con el objeto base de la localización

(*árbol*), determina lo que está detrás. Sin embargo, si digo «*la niña está detrás del coche*», aunque la distancia entre el coche y el hablante sea la misma que la existente entre el árbol y el hablante, la niña no está en la misma posición que en el ejemplo anterior, y ello es así porque el «delante» que sirve como referencia, en este caso, no es el «delante» del hablante (perspectiva egocéntrica), sino el «delante» del coche (perspectiva no egocéntrica), porque, en nuestra cultura, los coches tienen un delante, pero no los árboles. Evidentemente, que los coches, en nuestra cultura, tengan un «delante» viene dado por la manera en que los hablantes nos interaccionamos con los mismos, siendo a partir de esa interacción como transmitimos nuestro propio «delante». Los objetos pueden tener «delante-detrás», o «izquierda-derecha» propios (es decir, no egocéntricos), a partir de la manera culturalmente aceptada en que nos interaccionamos con ellos, siendo nosotros mismos los que culturalmente hemos trasladado a dichos objetos tales dimensiones. Una farola, en nuestra cultura, no tiene «delante-detrás» propios, una silla sí, y dicha dimensión viene dada por la manera en que nos interaccionamos con la silla, es decir, la silla sirve para sentarnos, y, a partir, de cómo nos sentamos, otorgamos el «delante-detrás». Una mesa es un ejemplo más curioso, pues si se trata de una mesa de comedor no tiene «delante-detrás», siempre localizaremos a partir de la perspectiva egocéntrica del hablante, sin embargo, si se trata de una mesa de despacho, aunque tenga las mismas medidas que la mesa de comedor, sí tiene un «delante-detrás», dado a partir de la forma en que nos interaccionamos con ella proyectando nuestro propio «delante-detrás».

Podría criticarse que este tipo de elementos no son deícticos, por no tener una perspectiva egocéntrica, pero ello es erróneo: en todos los casos se trata de una proyección imaginaria de la perspectiva egocéntrica del hablante a otro elemento que sirve como base de referencia.

2.3.7. El último tipo de deícticos es la *anáfora*: **Juan** vino ayer, y **le** dije que en otra ocasión avisara antes. La relación entre *Juan* y *le* es anafórica. El uso anafórico de deícticos es similar a la deixis discursiva en que en ambos casos los referentes de los deícticos son unidades lingüísticas en vez de entidades extralingüísticas. El punto común entre deixis textual y anáfora es el reenvío al cotexto. La diferencia es que, en la anáfora, la referencia es hecha a una entidad extratextual a la que ha hecho ya referencia una expresión antecedente que se encuentra en el cotexto; en la deixis textual la referencia es hecha directamente a una parte del cotexto mismo, a una entidad intratextual. Por ello, la anáfora no determina relaciones de forma localista egocéntrica entre segmentos de discurso y un punto de orientación deíctico del discurso. Dentro de un desarrollo discursivo indican unidades lingüísticas que pueden ser clasificadas con respecto a propiedades sintácticas y cuya clasificación

corresponde a este aspecto de las expresiones deícticas. Lo que es irrelevante en el contexto de la anáfora es la parte de significación simbólica de los deícticos que es designada por su determinación deíctica. De esto podemos concluir que el uso anafórico no es localista-egocéntrico. Entonces, la función esencial de la anáfora es expresar la correferencia entre un deíctico y una expresión lingüística descriptiva o simbólica. Para la orientación en situaciones libres, la anáfora es por ello una necesaria ayuda que sustituye por una indicación sintáctica los gestos extralingüísticos aplicados a la identificación de la significación indicial de los deícticos.

La posibilidad de interpretar un elemento como anafórico depende, en primer lugar, del contexto de enunciación y es imposible resolverlo mediante un análisis oracional. La entonación será también otro de los elementos pertinentes señalados por Lyons (1980: 597) para la determinación de la referencia anafórica. Igualmente hemos de considerar que un uso anafórico no se refiere a su antecedente, sino al referente de la expresión antecedente con la que se muestra en correlación.

La anáfora posibilita una transferencia de lo que son básicamente nociones espaciales a la dimensión temporal del contexto de enunciación, y una reinterpretación de la localización deíctica según la localización en el universo de discurso (Lyons, 1980: 592-612), señalando como universo de discurso o punto de referencia el tiempo y lugar de enunciación, una diversidad de hechos conocidos y supuestos sobre el mundo extensional que se describe y toda una serie de otros factores que vagamente cabe considerar contextuales. Lo que podemos considerar como componente deíctico de una expresión anafórica funciona orientando la atención del destinatario a una cierta parte del texto o del cotexto y le dice, en cierta forma, que allí encontrará el referente. Sin embargo, el referente no es lo que se encuentra en el texto o cotexto, el referente está en el universo de discurso creado por el texto y tiene una estructura temporal impuesta también por el texto.

D. Apothéloz (1995: 36-44) distingue los siguientes tipos de anáfora:

1. Anáfora *fiel* y anáfora *infiel*: se habla de anáfora fiel cuando el antecedente de una expresión anafórica y ésta, normalmente un SN definido, comparte el mismo nombre núcleo del SN: *hemos visto una **chica** de grandes curvas en la heladería. Esta **chica** es la hermana de Juan.*

Se habla de anáfora infiel cuando el nombre de la expresión anafórica es diferente al del nombre utilizado en la expresión antecedente, siendo en estos casos casi siempre un sinónimo o un hiperónimo: *hemos visto una **chica** de grandes curvas en la heladería. Este **bombón** es la hermana de Juan.*

2. Anáfora por *nominalización*: hay anáfora por nominalización cuando un sintagma nominal transforma en su antecedente el proceso denotado por una proposición anterior. Pueden darse al menos dos casos:

2.1. La nominalización puede evocar el contenido proposicional de la proposición: *hoy serán subastados los coches de la empresa: la noticia de la **venta** ha atraído a muchos compradores.* «Venta» resume el contenido proposicional de la proposición anterior.

2.2. La nominalización puede evocar el acto lingüístico llevado a cabo por medio de la enunciación de este contenido: *¿vas a decir lo que hiciste esa noche? No contestaré a **esa pregunta**.* «Pregunta» alude no sólo al contenido, sino especialmente a la forma lingüística adoptada por la proposición anterior.

3. Anáfora por *silepsis*: cuando la silepsis se manifiesta en evocaciones anafóricas pronominales, se producen modificaciones que afectan al género o al número gramatical: *una mujer infiel, si es conocida como tal por **la persona interesada**, no es más que infiel; pero si **él** la cree fiel, ella es pérfida.* El antecedente, de género femenino, es retomado por una expresión anafórica masculina, por ello es frecuente que la silepsis se defina también como una concordancia según el sentido.

4. Anáfora *asociativa*: por anáfora asociativa se entienden los sintagmas nominales definidos que presentan simultáneamente una cierta dependencia interpretativa respecto a un antecedente previamente (a veces posteriormente) introducido o designado, y la ausencia de correferencia con la expresión que ha introducido o designado previamente a este antecedente. Las anáforas asociativas presentan a su antecedente como ya conocido, o como ya identificable, y no indican tampoco su relación con otros antecedentes o con otras informaciones explícitamente formuladas: *llegamos a un pueblo; **los bares** estaban cerrados.*

Suele ser comúnmente aceptada la distinción entre *anáfora* y *catáfora*, según que el pronombre siga o preceda a la expresión con la que se halla en correlación. Puede llegar incluso a darse el caso (Lyons, 1980) de aglutinar bajo el término «anáfora» tanto la referencia anafórica regresiva como la referencia anafórica progresiva o anticipatoria, menos normal que la anterior.

Según Kęsik (1989: 36), se entiende por catáfora la relación que se establece entre una expresión indicadora y el contexto lingüístico posterior, de forma que permite identificar el referente de esta expresión. No obstante, entre la expresión catafórica y su subsecuente no puede existir dependencia sintáctica. No hay dependencia

sintáctica directa cuando dos proposiciones están unidas asindéticamente (*Juan declaró esto: «sólo te describí, no te insulté»*), o cuando la expresión catafórica forma parte de la proposición subordinada (*Para enamorar a su mujer, Juan tiene muchas atenciones*).

2.4. Otros tipos de deixis

2.4.1. La deixis social

Este concepto, de amplio uso en ámbitos americanos, se refiere a aquellos aspectos de la estructura lingüística que codifican las identidades sociales de los participantes en el acto de habla, o las relaciones sociales entre ellos, o entre uno de ellos y las personas y entidades a las que se refiere. Los ejemplos más obvios de tales gramaticalizaciones son pronombres de cortesía o formas de tratamiento: *tú, vos, usted, su majestad*, etc.

Nuestro punto de vista sobre la deixis social es que se trata de una confusión metodológica. La deixis social no puede introducir un tipo diferente de deixis, ya que lo que varía es sólo el ámbito semántico al cual se refiere el elemento deíctico. Es decir, es un problema de *subjetividad en el lenguaje*, que le afecta en cualquiera de sus campos descriptivos, pero no un nuevo tipo de deixis. La relación existente entre «*tú/vos/usted*» es similar a la que pueda establecerse entre *señor, caballero o tío*, con la particularidad de que los primeros tienen una determinación deíctica y los segundos no. En la llamada deixis social se entrecruzan dos tipos de funcionamiento subjetivo, por una parte el deíctico, y por otra parte el axiológico o afectivo, que llena de contenido el valor «social» de los elementos. El problema de la deixis social es el de una doble subjetividad: unos elementos de por sí ya subjetivos, determinados deícticos, se ven cruzados por otro tipo de subjetividad, que según el contexto podremos saber si es afectiva, axiológica o de qué tipo. Esto por lo que respecta al caso más común mencionado en español, la variación «*tú/vos/usted*», donde tenemos unos elementos deícticos cargados subjetivamente. Ese contenido «social» al que podemos aludir lo que aporta es un rasgo de subjetividad pero no de deixis. Así *tío* lo que aporta es un rasgo de subjetividad pero no de deixis (dejemos de lado por el momento su funcionamiento vocativo, pues este supone una forma de acción, de irrupción de la enunciación en el enunciado), sin embargo *usted* sí es un elemento deíctico que además provee otro rasgo de subjetividad que es el que posibilita la distinción «social» entre *tú* y *vos*.

Deícticos y afectivos o axiológicos son unidades subjetivas en tanto que autónomas semánticamente pero no referencialmente; sin embargo, unos dependerán de la situación enunciativa, y otros de las competencias cultural e ideológica del usuario.

Por tanto, la llamada «deixis social» aun siendo un problema de subjetividad en el lenguaje, no constituye un tipo específico de uso deíctico; al menos en español y en el conjunto de las lenguas occidentales, aunque quizás en japonés, vasco o tónica sería cuestión de replantearlo; sin embargo, esa dimensión dicha social, si funcionara, siempre tendría que estar recorrida por alguna de las dimensiones reconocidas, con lo cual su estatuto autónomo de dimensión quedaría puesto en duda. El llamado valor «social» es un problema de subjetividad que puede afectar tanto a unidades deícticas como no deícticas. Recordemos a este respecto que lo que entendemos por deícticos son aquellas unidades lingüísticas cuyo funcionamiento semántico-referencial implica una toma en consideración de ciertos elementos constitutivos de la situación de comunicación.

2.4.2. La deixis metalocucionaria

El interesantísimo trabajo de Gibbon (1983) pretende demostrar que las significaciones de los modelos de entonación son indicadoras, o dependientes del contexto. El canal no sólo contribuye a definir los elementos participantes que son relevantes para la deixis, sino también relaciones espaciales tales como «proximidad» y «distancia», y restricciones temporales sobre el uso del habla. El papel de los términos deícticos es proveer puntos de orientación para el encuentro espacial y sincronización temporal del hablante e interlocutor. Esto se aplica en particular al uso de los términos deícticos en definiciones ostensivas y otros actos de habla demostrativos, donde, en términos psicológicos, la combinación sincronizada de locución-acento-gesto tiene una función «metaprocesal» conducente de la atención dentro del discurso. La entonación proveerá puntos de orientación para el encuentro de coordenadas y la sincronización, que capacitan a objetos, acontecimientos y estados ser situados y temporalizados según las posiciones o tiempos conocidos de los participantes.

Resulta evidente que la adecuación del trabajo de Gibbon sobre la deixis metalocucionaria a las definiciones establecidas sobre la deixis no es posible. Esto mismo parece incluso desprenderse del trabajo de Gibbon. Sin embargo, lo que sí tiene fundamental importancia es resaltar el papel del componente fonológico para el funcionamiento de los deícticos, de tal forma que es pieza clave en su interpretación. El componente fonológico, junto con el conocimiento del contexto, son elementos que

posibilitan su funcionamiento pragmático. La entonación marca las pautas de la conversación.

La localización e identificación se realiza mediante la señalización, pero no sólo mediante ella, el contenido indicial siendo necesario no es suficiente, también se necesita un contenido simbólico. Los deícticos son símbolos indicadores, mientras que la llamada «deixis metalocucionaria» es sólo señalización.

2.4.3. La deixis empática

Este tipo de deixis, también llamada *deixis emocional*, determina una relación entre grados de distancia y dominios emocionales. En español podemos observar que la elección de *ese* o *ahí* en lugar de *este* o *aquí* puede deberse a determinada actitud emocional hacia el objeto indicado: «¿qué quiere el hombre ese de mí?». La significación negativa parece ser el resultado de un desarrollo que comienza con el interés del hablante en señalar que el objeto referido no pertenece a lo que ha decidido ser su región; la significación por lo tanto llega a ser independiente de las relaciones locales. Igualmente «este» puede tener una significación peyorativa; de hecho, en algunos lugares de Latinoamérica, por ejemplo en Guatemala, «este» reemplaza a «ese» en esta función. Sin embargo, la pregunta que podemos hacernos es si no nos encontramos ante un problema de subjetividad en el lenguaje urgido por componentes entonativos. Somos de la opinión de que el efecto de distancia emocional es resultado del especial acento de «ese», con lo que tendríamos una unidad subjetiva basada en aspectos fonológicos, por lo que no creemos que se pueda establecer base alguna para el mantenimiento de la llamada «deixis emocional» como un tipo homogéneo e independiente de expresiones deícticas.

3. Categorización

La deixis puede ser articulada en torno a tres grandes ejes: *determinantes*, *relacionantes* y *verbos* (mención aparte merecería la consideración de la temporalidad y modalidad verbal). Los elementos lingüísticos que desarrollan en su funcionamiento la sistematización y tipos de usos anteriormente señalados pueden verse acogidos bajo estas tres categorías.

3.1. Los determinantes

La determinación es una función que consiste en la concreción de las referencias de las palabras que se usan para denotar entidades. Según Coseriu (1973: 291-208) es entendida como una operación que sirve para actualizar y dirigir hacia la realidad concreta un signo virtual, o para delimitar, precisar y orientar la referencia de un signo. Esta determinación —limitada al campo nominal— abarca cuatro tipos de operaciones que Coseriu denomina: *actualización*, *discriminación*, *delimitación* e *identificación*. Pero, como muy bien especifica Alvar Ezquerro (1979: 36), la determinación en Coseriu está considerada en sentido amplio, siendo determinante todo elemento que venga a completar el sentido de otro en la cadena hablada. Sin embargo, si consideramos la determinación en un sentido estricto (Alvar Ezquerro, 1979: 31), nos limitaremos en nuestra caracterización de la determinación a las operaciones de actualización y discriminación. De esta manera, la categoría del determinante (Trujillo, 1987: 351) se basa en su «dependencia» referencial, al situar contenidos en el universo de discurso, pero no añadiendo rasgos «descriptivos» al contenido nominal, sino «dando su situación», al indicar que su contenido referencial es ya conocido, o qué lugar ocupa en el desarrollo temporal, o qué relación guarda con otros elementos del discurso, o cuál es su posición con relación al hablante, o cuál es su cantidad o extensión, etc.

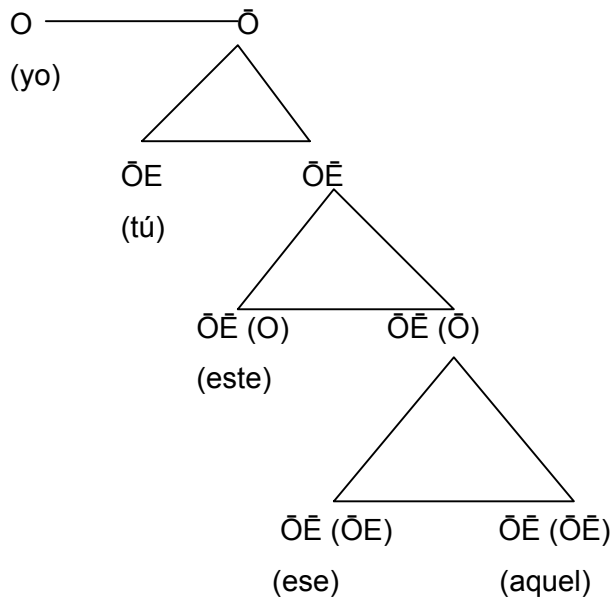
4.1.1. El artículo.

El artículo ha llegado a ser redefinido (A. Vera, 1981) formando parte de la subcategoría adjetivo-deíctica, al desempeñar la función de complementación sémica nominal. El artículo dirige la atención del receptor al texto o al contexto, es por ello que Coseriu (1973: 292) afirme su función determinativa, al desempeñar la labor de actualizador. La función señalizadora del artículo consiste en orientar al oyente hacia la información previa (artículo determinado), que sigue vigente, o hacia la información posterior (indeterminado), que se espera como nueva. Esta información puede ser de diversos tipos, no tiene que ser necesariamente un cotexto (hablado o escrito), también puede ser una situación extralingüística, presente o fictiva. Y es ésta la dimensión anafórica que Mondéjar (1985: 155) no quiere aceptar; bien entendidas, por otro lado, las profundas diferencias funcionales, que el mismo Mondéjar expone, entre artículo y pronombre.

4.1.2. Amalgama tradicional.

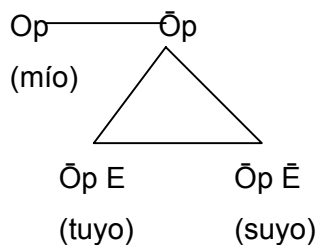
En este apartado incluiremos el resto de elementos que forman el conjunto de la categoría de los determinantes, y que se han visto acogidos tradicionalmente bajo la denominación de posesivos, demostrativos, personales, indefinidos, etc.

El punto de partida de nuestro estudio será el trabajo de Heger (1974) sobre la deixis personal, posteriormente desarrollado por Vera (1979). Heger articula el campo mostrativo deíctico-personal sobre una oposición inicial entre «persona punto cero en el acto comunicativo» (O) / «persona punto no-cero» (\bar{O}); oposición concretada en las formas *yo* vs. *no-yo*, donde (\bar{O}) es desarrollado, a su vez, mediante el recurso a una nueva especificación secundaria que atiende a un nuevo punto de referencia: la «participación/no participación en el acto comunicativo» (E/ \bar{E}), y según la cual el «no yo» (\bar{O}) sería el soporte de una oposición subsiguiente entre « $\bar{O}E$ » (no yo participante en el acto comunicativo), o *tú* / « $\bar{O}\bar{E}$ » (no yo no participante en el acto comunicativo), forma correspondiente a la no persona gramatical que funciona, de nuevo, como soporte de ulteriores especificaciones en el ámbito de la exodeixis o deixis contextual (mostrar orientado hacia afuera). Así, « $\bar{O}\bar{E}$ » se convierte en el eje sobre el que bascula un nuevo subsistema deíctico más diferenciado en el que es posible, utilizando una nueva oposición «O/ \bar{O} », obtener las formas « $\bar{O}\bar{E}$ (O)», *este*, (no yo, no participante en el acto comunicativo, cercano al yo), frente a « $\bar{O}\bar{E}$ (\bar{O})» que, referida de nuevo a la especificación deíctica «E/ \bar{E} », permite describir las formas *ese* como « $\bar{O}\bar{E}$ ($\bar{O}E$)», y *aquel* como « $\bar{O}\bar{E}$ ($\bar{O}\bar{E}$)», es decir, como «no yo no participante en el acto comunicativo cercano al tú» y «no yo no participante en el acto comunicativo, no cercano al yo ni al tú» respectivamente.



(Heger, 1974:39)

Estas propuestas constituyen una infraespecificación de la determinación deíctica expuesta en apartados anteriores, pero pertinente funcionalmente para los propósitos del ejemplo, articulada mediante una dimensión deíctica espacial en el caso de los demostrativos. El trabajo del Prof. Vera (1979) consiste en una articulación de la determinación deíctica operada por Heger con distintos tipos de dimensiones. Así, estructura la dimensión deíctica nocional de posesión de la siguiente manera:



(Vera, 1979: 5)

Los demostrativos, tal y como anteriormente hemos esquematizado, desarrollan una dimensión deíctica espacial articulada sobre la dimensión personal.

Pero el núcleo básico del trabajo de Vera reside en considerar el elemento semántico-formal « $\bar{O}\bar{E}$ » como eje de dos series de especificaciones diferentes que permiten describir la estructura semántica de los distintos tipos de determinantes. Así, distingue entre *especificaciones exodeícticas* o *contextuales*, que serán las que posibiliten la descripción de la estructura semántica de los demostrativos, y *especificaciones endodeícticas* o *cotextuales*, que describirán el resto de determinantes: personales, relativos enunciativos, cuantitativos, numerales, identificativos, relativos interrogativos y exclamativos.

La primera subdimensión deíctico nocional que distingue es la de *individualización* [I] y que afecta funcionalmente al conjunto de los llamados «personales». Del mismo rasgo caracterizador participarían también todas las formas relativo-enunciativas del pronombre (salvo *cuanto, como y cual*). La distinción que es posible efectuar entre estos dos subtipos no será debida a contenidos deícticos, sino al funcionamiento sintáctico. Mención aparte merecen las formas *donde, cuando, cuyo, ya* que si bien son acogidas por la dimensión nocional « $\tilde{O}\tilde{E}$ [I]», son recorridas por otra sobrespecificación, espacial, temporal y posesiva respectivamente.

Así pues, Vera desarrolla « $\tilde{O}\tilde{E}$ », en su funcionamiento endodeíctico o cotextual, mediante una oposición binaria: $\tilde{O}\tilde{E}$ [I] / $\tilde{O}\tilde{E}$ [Ī]. Este segundo elemento puede ser nuevamente subespecificado recurriendo al rasgo *distinguidor* [d], haciendo referencia con esta denominación al hecho de que tales formas, aunque con un sentido muy semejante a las anteriores, poseerían la peculiaridad de efectuar la identificación o individualización de sus respectivos denotata a través de una cierta idea de diferenciación, contraste o comparación. Incluirá bajo esta nueva subdimensión los relativos «interrogativos» y «exclamativos», los «identificativos» y las formas de relativo enunciativo *como-cual*, no considerables como « $\tilde{O}\tilde{E}$ [Ī]. Por tanto, « $\tilde{O}\tilde{E}$ [Ī]» vendrá especificado mediante la oposición « $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd] / $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄]. Este segundo miembro, sin embargo, parece necesitar de nuevos elementos caracterizadores. La subdimensión que utilizará para el resto del inventario utilizado será la de *cuantificación*, ya que considera que el conjunto de elementos que quedan por caracterizar, cuantitativos, gradativos, existenciales e intensivos y numerales, la relación de identificación que manifiestan es siempre secundaria, ocupando el primer plano la predicación cuantitativa de la individualización característica de $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄]. Aún así, es claro que el rasgo «cuantificación» no logra dar cuenta de las diferencias existentes entre las distintas formas deícticas, pues puede haber un número de elementos considerados bajo una perspectiva estimativa y bajo una perspectiva exactamente mensurable y objetiva. La subespecificación por tanto que requerirá $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄] será la siguiente: $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄C_E] / $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄C_E].

Vera acabará la construcción del cuadro de la dimensión deíctica nocional de los determinantes señalando una última distinción a partir de la cuantificación no estimativa gracias a los rasgos *cuantificación absoluta y cuantificación no absoluta*, dividiendo esta última a su vez en *no distributiva y distributiva*: $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄C_E] > $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄C_{ĒA}] / $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄C_{ĒA}]. $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄C_{ĒA}] > $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄C_{ĒAD}] / $\tilde{O}\tilde{E}$ [Īd̄C_{ĒA}D].

| | |
|--|--|
| $\left. \begin{array}{c} \text{ÖË} \\ \end{array} \right\}$ | Personales y relativos enunciativos (salvo <i>como, cual, cuyo</i> y <i>cuanto</i>) |
| $\left. \begin{array}{c} \text{ÖË} \\ \text{Id} \end{array} \right\}$ | Relativos interrogativos. Exclamativos. Identificativos. <i>Como, cual</i> . |
| $\left. \begin{array}{c} \text{ÖË} \\ \text{Id}_{\text{CE}} \end{array} \right\}$ | <i>Cuanto</i> , existenciales (afirmativos), gradativos (menos <i>todo</i>). Intensivos |
| $\left. \begin{array}{c} \text{ÖË} \\ \text{Id}_{\text{CEA}} \end{array} \right\}$ | <i>Todo</i> , existenciales negativos. |
| $\left. \begin{array}{c} \text{ÖË} \\ \text{Id}_{\text{EAD}} \end{array} \right\}$ | Distributivos. |
| $\left. \begin{array}{c} \text{ÖË} \\ \text{Id}_{\text{EAD}} \end{array} \right\}$ | Numerales. |

4.2. Verbos deícticos.

Los verbos de movimiento «ir» y «venir» tienen un componente direccional, expresado por el complemento de lugar, pero la localización puede ser expresada también por la localización de los participantes en la conversación. Este es el motivo por el que son considerados verbos deícticos. Igual consideración tendrán los verbos «traer» y «llevar», variando de los anteriores simplemente en su combinatoria sintáctico-semántica, es decir, en que son transitivos, por lo que queda diferenciado un sujeto agente causante del desplazamiento, y el tema objeto del desplazamiento, mientras que, en los intransitivos, el sujeto es, a la vez, agente causante del desplazamiento y objeto de dicho desplazamiento..

Según Fillmore, «venir» tiene muchos usos en los que funciona como verbo orientado hacia el punto de llegada, mientras que «ir» funciona tanto como verbo orientado desde el punto de partida como verbo que es neutro respecto de estas dos posibles orientaciones:

Juan vino a la tienda por la mañana.

Juan fue a la tienda por la mañana.

Juan fue de Murcia a Alicante la semana pasada.

Para «ir» se considera que el enunciador no está localizado en el punto de llegada en el tiempo de la enunciación o acto de habla. Para «venir» se considera que el enunciador está en la llegada en el tiempo de la enunciación o en el tiempo de llegada:

*Juan *vendrá ahí mañana*

**Vendré ahí mañana.*

Para «venir» puede ser también considerado que la llegada es una «localización propia» para el enunciador en el tiempo de llegada. Por «localización propia» entiende el lugar en el que se espera encontrar al enunciador en el tiempo de llegada:

«Juan vino a casa hace dos semanas, pero nos habíamos marchado a la playa».

**«Vine a tu casa la noche pasada, pero no estabas».*

Por último, para «venir» puede considerarse que el enunciador está haciendo el mismo viaje:

«Ella viene conmigo» «el maletín viene conmigo».

**«¿Puedo venir contigo?»/ *«el maletín viene con usted».*

Sin embargo, en muchos casos se emplea «venir» no por hacer el viaje en compañía del enunciatario, sino por encontrarse en el lugar del enunciador, de ahí que sólo consideremos los casos de partida.

Todos estos usos de «venir» eran referidos a un tipo de *deixis ad oculos*, en una conversación cara a cara. Sin embargo, podemos referirnos a ciertas situaciones en las que el desplazamiento se encuentra englobado en la perspectiva de una tercera persona. En estos casos simplemente hay un tipo de deixis representacional con transferencia de origen, siendo de gran interés narratológico considerar que en estos casos el enunciador se sitúa en la perspectiva del narrador (Rojí Menchaca, 1986). La hipótesis central de Fillmore, adaptada al español en este caso, es que «venir» también indica, en el discurso en que el enunciador no figura como carácter, movimiento hacia el lugar considerado como el del sujeto de la narración, hacia la localización del personaje central en el tiempo de referencia, o hacia el lugar que es la localización propia del personaje central en el tiempo de referencia. Así pues, en el discurso en tercera persona (es decir, en el discurso en el que la identidad y localización del enunciador no juega ningún papel), el narrador es libre de elegir un punto de vista, de tal forma que el movimiento hacia el lugar o persona cuyo punto de vista ha sido asumido puede ser expresado por el verbo «venir».

Todos los aspectos que hemos considerado en este apartado pueden hacerse extensibles a los verbos «traer-llevar».

Si bien los anteriores casos son los más comunes de verbos deícticos, en modo alguno debemos entenderlos como los únicos, a pesar de que apenas se haga referencia a otros. En español podemos encontrarnos ejemplos como «emigrar, inmigrar, exportar, importar», en los que según se considere cuál es el lugar característico del sujeto, es necesario utilizar uno u otro. El contenido adlativo o ablativo de los mismos viene determinado por el tipo de lugar considerado: si X emigra

o exporta Y a algún lugar, está implicado por el tipo de verbo elegido que el lugar destino del desplazamiento no es el lugar característico o habitual del sujeto.

Podría entenderse que, ya que todos los verbos de desplazamiento hacen alusión a un espacio localizador o ubicador, tienen un significado deíctico, en el cual se realiza, empieza o finaliza el movimiento, lo que explicaría que el verbo pudiera aparecer sin el complemento: *me alejé en un instante (del lugar)*. Sin embargo tal planteamiento no me parece totalmente adecuado para el concepto de deixis, pues, entre otras cosas, no permite diferenciar el contenido implícito contextual de verbos como *venir*. Si bien las dimensiones deícticas clásicas son tres (persona, tiempo y espacio), el que un elemento haga alusión a un espacio localizador no quiere decir que sea un deíctico espacial, pues necesita hacerlo de una forma señalizadora, mediante la determinación deíctica. *Marchar* no señala espacialmente nada, pues no tiene ningún tipo de determinación deíctica, y el hecho de que necesite una localización no supone convertirlo en deíctico, pues también *cantar* necesita un ser animado y no por ello tiene una deixis personal. Es decir, una cosa es que los verbos necesiten lingüísticamente determinados complementos para su realización, y otra muy distinta deducir de ese fenómeno su carácter deíctico.

Sí nos parece merecedor de una consideración deíctica el hecho de que muchos verbos seleccionen un tipo concreto de dirección (vertical, interior, prospectiva), por cuanto ello supone una señalización espacial determinada. Así, *subir*, *entrar*, *adelantar*, por ejemplo, suponen hacer intervenir una organización espacial del contexto desde una determinada perspectiva, que es la perspectiva del enunciador. Físicamente, no hay diferencia entre «entrar» o «salir», pues es lo mismo *salir del pasillo* que *entrar a la habitación*. El hecho de que consideremos una perspectiva u otra dependerá de la consideración del hablante, de cómo organice el espacio y lo haga suyo.

4.3. Los relacionantes.

Los elementos que podemos incluir dentro de este conjunto que he denominado relacionantes incluye adverbios, preposiciones y locuciones (adverbiales y preposicionales). Todos estos elementos, gramaticalmente tan dispares, tienen en común indicar un tipo de relación en la dimensión deíctica de que se trate (espacial, temporal —o modal—). Es más, los espaciales pueden tener un tipo de uso propiamente deíctico o intrínseco-inherente, es decir pueden tomar como referencia la perspectiva del hablante o la perspectiva (dada culturalmente) del objeto base de la localización. Recordemos a este respecto la diferencia entre *la pelota está delante del*

coche vs. la pelota está delante del árbol. En el segundo ejemplo se dice que la perspectiva es deíctica en tanto que localizamos un objeto a partir del encaramiento de la base con el sujeto hablante; en el primero de los ejemplos, localizamos un objeto a partir de la proyección de las coordenadas espaciales dadas culturalmente por el modo de interacción de los hablantes con el objeto base.

Son muchos los ejemplos de tradicionales preposiciones con funcionamiento deíctico, pues la indicación al contexto espacial o temporal supone una señalización hacia el mismo. Así, por ejemplo, *llevaba un micrófono bajo la camisa*, supone una localización deíctica intrínseca, en tanto que, si bien la dimensión vertical suele organizarse universalmente de forma deíctica a partir del eje cielo-tierra, en este caso no es así, pues no es el eje deíctico cielo-tierra el utilizado, sino el eje intrínseco que da la superficie de la camisa proyectando un arriba como exterior, y un abajo como interior.

En las tradicionales preposiciones, el término base de la relación siempre debe estar explícito. No ocurre lo mismo con otros casos como *después* o *detrás*, pues la base de la relación puede estar explícita o implícita: *nos veremos después (de comer)*, *el libro está detrás (del armario)*. Si no aparece nada sintácticamente detrás del relacionante, la temporalidad, o la espacialidad, viene dada sólo contextualmente, en tanto que dependerá exclusivamente del momento de la enunciación que sepamos calcular la referencia de «después», o que conozcamos contextualmente a qué elemento nos estamos refiriendo espacialmente para dotarle de un «detrás» (intrínseco, en este caso). Muchas locuciones tienen un comportamiento similar, en tanto que pueden llevar el término de la relación explícito, o dado contextualmente. Así, si decimos que *en lo alto de la escalera había un bote de pintura*, el término de la relación está explícito, «escalera», y hacemos una localización de la figura objeto «bote de pintura» en relación con el contexto espacial creado y sostenido por la enunciación y por la participación del hablante y oyente, en tanto que «escalera» viene organizada espacialmente con una dimensión vertical deíctica, a partir del eje cielo-tierra, además del hecho de que, culturalmente, «escalera» sea un objeto que puede tener la característica definitoria de la locución *en lo alto (de)*, que es «altura».

Tradicionales adverbios como «arriba» o «adelante» también tienen un uso deíctico (aunque sea inherente o intrínseco). Su consideración como relacionantes viene dada siempre contextualmente, en tanto que señalan una relación con un lugar determinado en el contexto espacial, fundamentalmente a partir de la localización del hablante. Si yo digo de alguien que vive *arriba*, estoy señalando una relación respecto del lugar en el que me encuentro, que organizo y señalo como «abajo», por lo que dispongo

verticalmente un espacio. Si digo que *vendré pronto*, estoy señalando que vendré en un tiempo que estimo y califico de corto en relación al momento de la enunciación.

Otros adverbios tradicionales, como «aquí», «ahora», por ejemplo, son también muestra de usos deícticos. Podemos seguir considerando relacionantes a estos elementos, pero, a diferencia de todos los casos anteriores, la relación no viene dada respecto de un elemento espacial o temporal dado contextualmente, sino que está todo dentro del propio significado simbólico de los elementos. «Aquí» es siempre el lugar que ocupa el hablante, y «ahora» significa siempre el momento de la enunciación, la posible vaguedad o indeterminación de ese lugar o de ese momento es otra cuestión, siempre fácilmente resuelta, por otro lado. A veces se ha hablado del contenido pronominal de estos elementos, y es ese mismo contenido el que quiero entender como la relación implícita que siempre establecen estos elementos.

Bibliografía:

- Almeida, M. E. (2000): *La deixis en portugaise et en français*, Lovaina-París : Peeters.
- Alvar Ezquerro, M. (1979): «El determinante», *LEA*, I, págs. 31-66.
- Apothéloz, D. (1995): *Rôle et fonctionnement de l'anaphore dans la dynamique textuelle*, Ginebra : Droz.
- Brisard, F. (ed.) (2002): *Grounding. The Epistemic Footing of Deixis and Reference*, Berlín y Nueva York: Mouton de Gruyter.
- Bühler, K. (1979): *Teoría del lenguaje*, Madrid: Alianza.
- Carbonero Cano, P. (1979): *Deixis espacial y temporal en el sistema lingüístico*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Cifuentes Honrubia, J. L. (1989): *Lengua y espacio. Introducción al problema de la deixis en español*, Alicante: Universidad de Alicante.
- Conte, E. (1981): «Deissi testuale e anáfora», *Sulla Anafora. Atti del Seminario della Crusca*, Florencia, págs. 37-54.
- Coseriu, E. (1973): «Determinación y entorno», *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid: Gredos, págs. 282-323.
- Duchan, J. F. — Bruder, G. A. y Hewitt, L. E. (eds.) (1995): *Deixis in Narrative. A Cognitive Science Perspective*, Hillsdale: Lawrence Erlbaum.
- Eguren, L. J. (1999): «Pronombres y adverbios demostrativos. Las relaciones deícticas», en I. Bosque y V. Demonte (coords.): *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid: Espasa-Calpe, págs. 929-972.
- Fillmore, C. J. (1975): *Santa Cruz Lectures on Deixis, 1971*, Indiana University Linguistics Club.
- García Negroni, M. M. – Tordesillas Colado, M. (2001): *La enunciación en la lengua. De la deixis a la polifonía*, Madrid: Gredos.
- Gibbon, D. (1983): «Intonation in Context. An Essay on Metalocutionary Deixis», en G. Rauh (ed.), págs. 195-218.
- Heger, K. (1974): *Teoría semántica II*, Madrid: Istmo-Alcalá.
- Jarvella, R. J. y Klein, W. (1982): *Speech, Place and Action. Studies on Deixis and Related Topics*, Londres: John Wiley & Sons Ltd.
- Kasher, A. (ed.) (1998): *Pragmatics. Critical Concepts, III (Indexicals and Reference)*, Routledge: Londres y Nueva York.
- Kęsik, M. (1989): *La cataphore*, París: Puf.
- Lenz, F. (ed.) (2003): *Deictic Conceptualisation of Space, Time and Person*, Amsterdam-Filadelfia: John Benjamins.
- Levinson, S. R. (1989): *Pragmática*, Barcelona: Teide.

- Levinson, S. R. (2004): «Deixis», in L. R. Horn y G. Ward (eds.): *The Handbook of Pragmatics*, Oxford: Blackwell, págs. 97-121.
- López Palma, H. (ed.) (2004): *La deixis. Lecturas sobre los demostrativos y los indiciales*, Lugo: Axac.
- Lyons, J. (1980): *Semántica*, Barcelona: Teide.
- Mondéjar, J. (1985): «La función sintáctica como determinante de la estructura de dos categorías (ζ) gramaticales: el artículo y el pronombre», *Lecciones del I y II Curso de Lingüística Funcional*, Oviedo: Universidad de Oviedo, págs. 111-132.
- Morel, M A. y Danon-Boileau, L. (dirs.) (1992): *La deixis*, París : Puf.
- Rauh, G. (ed.) (1983): *Essays on Deixis*, Tubinga: Gunter Narr.
- Rojí Menchaca, B. (1986): «Punto de vista y perspectiva: la subjetividad inscrita en el discurso», *RESLA*, 2, págs. 109-125.
- Trujillo, R. (1987): «La cuestión del artículo en español», *Verba*, 14, págs. 347-365.
- Vanelli, L. (1992): *La deissi in italiano*, Padua: Universidad de Padua.
- Vera Luján, A. (1979): «La estructura del campo deíctico-personal en español: el pronombre», *Analecta Malacitana*, II-1, págs. 3-25.
- Vicente Mateu, J. A. (1994): *La deixis. Egocentrismo y subjetividad en el lenguaje*, Murcia: Universidad de Murcia.